

Dios como padre espiritual nuestro

Hemos analizado cómo Dios puede ser visto como Padre *eterno* (al ser parte de la Deidad), como Padre *universal* (por su condición de Creador), y como Padre *selectivo* (por motivo de su promesa/pacto). Ahora daremos comienzo a un estudio de la obra de Dios como Padre *espiritual*.

EL PROBLEMA DE LA SEPARACIÓN

Como Padre universal que Él es, Dios mantuvo comunión plena con el hombre hasta el momento en que el pecado estropeó esta relación. No fue actuación arbitraria de Dios el haber echado a Adán y a Eva del huerto del Edén, lejos del árbol de vida. Esta condición de separación surgió a raíz de la naturaleza de Dios y del estado pecaminoso de ellos. Dios es absolutamente santo; ellos llegaron a ser pecaminosos (no santos). Una vez que el pecado apareció, la separación fue inevitable. Ésta estuvo precedida de una advertencia y fue seguida de una promesa (Génesis 2.17; 3.15). Lo que leemos en Génesis 3, es *la manera como la separación fue llevada a cabo* por un Dios que es todo sabiduría y todo amor. Esta separación no fue una aniquilación automática; fue la inevitable consecuencia que siguió al pecado. El pecado crea una barrera, la cual no podemos superar (Isaías 59.1–2). De hecho, «la paga del pecado es muerte» (Romanos 6.23a). Este principio se mantiene a través de las diferentes eras, tal como se comprueba cuando uno le da seguimiento al modo como Dios ha respondido a la presencia del pecado en el hombre.

La primera era dio comienzo con la creación de la humanidad a la imagen de Dios. Tal era continuó sin interrupción hasta que ellos llegaron a ser pecaminosos. Tenemos la tendencia a pensar que

el período transcurrido entre la creación y la caída, fue relativamente breve, lo cual tal vez sucede porque el relato de éste se agota en los tres primeros capítulos de Génesis. En realidad, desconocemos el tiempo de permanencia de ellos en el huerto, tanto como desconocemos el tiempo de la segunda venida de Cristo —y por la misma razón. No se nos informa de ello. Después de que fueron expulsados del huerto, Dios continuó estando preocupado por el destino de ellos. No obstante, la comunión entre Dios y su creación humana adoptó otro carácter. Antes de que Adán y Eva pecaran, tal comunión había sido directa, «conversacional», inmediata. Después de que pecaron, algunos comenzaron a ofrecerle sacrificios a Dios y a invocar su nombre (Génesis 4.3–4, 26b). En otras palabras, el pecado los había separado, pero Dios no los había aniquilado. Dios continuó siendo el Padre universal de la humanidad, pero esta relación no era suficiente para que ellos pudieran tener plena comunión con Dios, por causa de su estado pecaminoso.

EL PROCESO DE PREPARACIÓN

El hecho de que Dios comenzara el proceso selectivo mediante la promesa/pacto, no significó que Él dejara de ser Padre universal. No obstante, la actividad que Él continuó llevando a cabo es una señal de que Él no considera que su paternidad universal constituya fundamento suficiente para la supervivencia de la humanidad. Por lo tanto, basándose en su promesa del principio, en Génesis 3.15, Él comenzó a tratar con la raza humana a través de la promesa y el pacto hechos con Noé.

Y he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá. Mas estableceré mi pacto contigo, y entrarás en el arca tú, tus hijos, tu mujer, y las mujeres de tus hijos contigo (Génesis 6.17-18).

Y edificó Noé un altar a Jehová, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar. Y percibió Jehová olor grato; y dijo Jehová en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho (Génesis 8.20-21).

Y habló Dios a Noé y a sus hijos con él, diciendo: He aquí yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; y con todo ser viviente que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra. Estableceré mi pacto con vosotros, y no exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra. Y dijo Dios: Esta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra (Génesis 9.8-13).

La importancia de esta promesa/pacto reside en que Dios jamás destruiría otra vez la humanidad tal como lo había hecho en el diluvio. Por lo tanto, es obvio que este beneficio que Dios le concedió a su creación, se refería a la vida física de los seres humanos. Fue un grandioso compromiso de gracia, hecho por el Dios universal. Era una buena nueva; era incondicional. Es «eterno». Hoy día podemos estar tranquilos de que por el tiempo que dure la tierra, Dios no nos barrerá de manera tan arrasadora, tal como sí lo hizo en la catástrofe del diluvio. Aunque la supervivencia física de la humanidad no es la supervivencia final, ella sienta las bases históricas sobre las cuales Dios lanzaría su majestuoso papel como Padre selectivo.

Vemos cómo la providencia de Dios se manifestó al escoger a un pueblo en particular, a través del cual Él procedería con su histórica saga de recuperar a la humanidad pecaminosa. Este proceso dio comienzo con Abraham, el hebreo.¹ Dios le prometió a Abraham que lo bendeciría, que le daría un gran nombre y una tierra. También le prometió que a través de él serían benditas las naciones de la tierra, o que ellas mismas se

¹ Vea Génesis 12.1-3; 13.14-17; 14.13; 15.1-6, 13-16; 17.1-4.

bendecirían. Esta gran promesa múltiple fue sellada mediante un pacto. Abraham recibió todos estos favores depositando su confianza completamente en Dios, y Dios tomó la fe de Abraham por justicia. Debería enfatizarse que el plan de Dios era que eventualmente, a través de la simiente de Abraham, todas las naciones fueran bendecidas.

Después de que el número de los descendientes de Abraham hubo llegado a varios millones, a ellos se les dio una ley. A los ciudadanos del pueblo escogido de Dios se les llamó israelitas, al mismo tiempo que recibieron la ley al pie del Sinaí. A Jacob, el nieto de Abraham, se le cambió su nombre por el de Israel (en hebreo: El que lucha con Dios). A sus descendientes, que recibieron la ley al pie del Sinaí, se les conoció como las doce tribus de Israel o los israelitas. La ley que Dios les dio a los israelitas a través de Moisés, a partir del evento al pie del Sinaí, fue especialmente para ellos. Este fue otro paso de la obra hecha por el Padre selectivo. Ellos eran su pueblo escogido; la ley de Moisés era la ley de Dios para ellos. Dios no los escogió porque fueran un pueblo «especial» entre los pueblos de la tierra. Más bien, fue el hecho de que Dios los escogiera, lo que los convirtió en sus escogidos, a través de los cuales Él cumpliría la promesa que le hiciera a los antepasados de ellos —Abraham, Isaac y Jacob (Deuteronomio 9.4-5).

Nuevamente, le damos énfasis a la característica parcialmente doble de su plan en acción. Aunque ahora se le considera Padre selectivo, Él se revela a sí mismo como un Dios preocupado por todo mundo. Esta preocupación por todos, aunque esté llevando a cabo su proceso selectivo a través de una nación, se puede ilustrar tomando de tres diferentes aspectos principales de la revelación.

El primer aspecto principal es el de la ley. Tres ejemplos han de bastar. El primero pertenece al campo de la ética legal. Los israelitas no debían oprimir ni maltratar a los extranjeros que había entre ellos (Éxodo 22.21; 23.9; Levítico 19.33). El segundo ejemplo tiene que ver con la benevolencia. En el tiempo de la cosecha, ellos debían dejar algo del fruto de su viña en las vides, y no debían recoger lo que cayera al suelo, para que los pobres y los extranjeros lo recogieran (Levítico 19.10). El tercer ejemplo muestra que Dios estaba efectivamente preocupado por todos los pueblos y que Él demandaba reverencia de parte de todo mundo.

Y el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará; así el extranjero como el natural, si blasfemare el Nombre, que muera.

Un mismo estatuto tendréis para el extranjero,

como para el natural; porque yo soy Jehová vuestro Dios (Levítico 24.16, 22).

El segundo aspecto principal, en el cual observamos la preocupación de Dios por todos los pueblos, es la historia. Todo lector de la Biblia está familiarizado con el relato de Jonás. Ya antes de que supiéramos leer, la mayoría de nosotros habíamos oído acerca de Jonás y el gran pez que se lo tragó. Él vivía en una aldea cerca de Nazaret y era el siglo octavo a.C. En aquel tiempo, Jeroboam II era rey sobre Israel. Dios había enviado a Jonás a Nínive, la capital del imperio asirio, a predicar un mensaje de destrucción porque el pueblo era muy perverso. Aunque se resistió a ir, él eventualmente accedió a la encomienda de Dios, y predicó en aquella ciudad. Los ninivitas percibieron que el arrepentimiento era la condición que se les imponía para escapar de la ira de Dios. Ellos se arrepintieron y oraron a Dios; por lo tanto, se les perdonó su vida.

El primer aspecto muestra la manera como Dios proveyó para el bienestar de pueblos que no formaban parte de su nación escogida. Ellos podían sujetarse voluntariamente a la ley, observar sus preceptos y recibir sus beneficios. Al hacer así, ellos expresaban su creencia en el Dios de Israel —*Yahweh*.

El segundo aspecto muestra que Dios, incluso proporcionó un mensaje de esperanza a los que no vivían bajo la ley como israelitas ni como extranjeros residentes. A los asirios se les perdonó su vida porque creyeron en Dios y respondieron a su palabra proclamada (Jonás 3.5, 10). Es fácil olvidar que una gran mayoría de la población que existió durante las eras que hemos estado estudiando, se encontraba en la misma categoría que la de los asirios. Ellos tenían que dar cuenta a Dios a base de lo que sabían. En otras palabras, se trataba de las grandes cantidades de pueblos que formaban parte del mundo gentil, de los cuales escribió lo siguiente el apóstol Pablo:

Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio (Romanos 2.14–16; para un contexto más amplio, lea Romanos 1.18—2.16).

No hay duda de que Dios ama a su familia humana como Padre universal que Él es; al mismo tiempo, Él es el Padre selectivo de los Hebreos, a través de los cuales llevó a cabo su maravillosa obra.

El tercer aspecto a través del cual observamos la

preocupación de Dios por todos los pueblos, es la profecía. Cuando Dios guió a su pueblo, Él comenzó lentamente a abrirles los ojos al futuro a través de su palabra. Había cumplido fielmente las promesas que le había hecho a su pueblo cuando los escogió. *Estas promesas, formalizadas mediante el pacto, fueron en gran parte temporales y sujetas a ciertas condiciones.* La mayoría de ellas no tuvieron carácter perpetuo e irrevocable. Por ejemplo, Dios escogió a Abraham para que fuera el «padre de la nación hebrea». Su escogencia fue expresada mediante una promesa (Génesis 12.1–3). No obstante, tal promesa estaba condicionada; había un pacto que guardar. «Dijo de nuevo Dios a Abraham: En cuanto a ti, *guardarás mi pacto*, tú y tu descendencia después de ti por sus generaciones» (Génesis 17.9; énfasis nuestro). La circuncisión era la señal del pacto. Abraham confió en Dios completamente. Cuando Abraham hubo pasado la prueba de su fe, Dios le dijo: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, *por cuanto obedeciste mi voz*» (Génesis 22.18; énfasis nuestro).

La ley de Moisés comenzó a ser parte de la relación, a base de promesa/pacto, entre Dios y su pueblo, a partir del evento al pie del Sinaí. Aunque tenía forma de ley, ella también incluía promesas. Estas promesas, hechas al pueblo escogido de Dios, no tenían carácter perpetuo ni incondicional. Por ejemplo, uno de los mandamientos incluía esta promesa terrenal: «Honra a tu padre y a tu madre, *para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da*» (Éxodo 20.12; énfasis nuestro). Muchos ejemplos podrían añadirse. Con el fin de añadirle intensidad y claridad, nos referiremos a las escenas de la gran presentación del pacto, que se encuentran en Deuteronomio 26.16—30.20. Aquí observamos la plenitud de los términos de la relación, a base de promesa/pacto/ley, de parte de Dios, y de confianza/obediencia de parte de su pueblo. También observamos la total ruina de los que no cumplían los términos de esta relación. Reiterando lo dicho, esto enfatiza la naturaleza material de la mayoría de las bendiciones que les correspondían a los israelitas.

Todas las ideas expuestas anteriormente no significan que el pueblo de Dios no tuviera conciencia alguna de que hubiera vida después de la muerte, ni de bendiciones de Dios para la vida venidera. Sin embargo, sorprende cuán raramente se expresan estos conceptos, especialmente si uno no lee las palabras de los profetas.

El rey David oró por el hijo enfermo que él había tenido con Betsabé. Después de que el hijo murió, David expresó el deseo de adorar. Sus

ayudantes se asombraron. La explicación que les dio fue esta: «Mas ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? *Yo voy a él*, mas él no volverá a mí» (2 Samuel 12.23; énfasis nuestro). Aunque esta no constituye una prueba irrefutable de que creyera en la vida después de la muerte, varios comentaristas suponen que sí lo creía.²

Existen otras declaraciones no halladas en la literatura profética, las cuales a menudo se toman por afirmaciones sobre vida después de la muerte. (Vea Job 14.7–14; Salmos 16.9–11; 73.24–26). Una clara afirmación sobre vida después de la muerte es: «Pero Dios redimirá mi vida del poder de Seol, porque él me tomará consigo» (Salmo 49.15).³

A medida que nos adentremos en la literatura profética, dos afirmaciones serán recaladas. La primera se encuentra en Isaías 26.19: «Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos». Este versículo se encuentra en un contexto que trata la liberación de los judíos de su cautiverio en Babilonia, y del regreso de ellos a su patria. Para ellos, lo anterior suponía un nuevo ambiente, una nueva vida y una nueva relación con Dios en el templo de éste. Estas maravillosas nuevas fueron presentadas mediante la analogía de una resurrección corporal. Estamos conscientes de que la analogía de una resurrección, que Isaías usa para describir el despertar generalizado del pueblo de Dios, no tendría sentido en el mejor de los casos, y sería mal entendida en el peor de los casos, si sus lectores no tuvieran concepto alguno de la resurrección o no creyeran en ésta. Así, tenemos aquí, por analogía, una creencia tan fuerte en la resurrección corporal, que la esperanza se puede basar en tal fe. La segunda referencia es Daniel 12.2–3:

Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.

Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.

² John Peter Lange, "Samuel" in *Commentary on the Holy Scriptures: Critical Doctrinal and Homiletical*, trans. and ed. Philip Schaff (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, n.d.), 475.

³ «Es decir, expresado de la manera más sencilla: Tendré una resurrección de entre los muertos, y entraré en su gloria, y la muerte no tendrá más señorío sobre mí» (Adam Clarke, *The Holy Bible With a Commentary and Critical Notes*, vol. 3, *Psalms* [Nashville: Abingdon, n.d.], 377).

Este pasaje recalca cuatro enseñanzas principales: 1) Para muchos, la resurrección resultará en vida eterna. 2) Para otros, producirá vergüenza y confusión eterna. 3) Los entendidos se distinguirán en el ámbito de los cielos. 4) Los que evangelicen sobrevivirán por los siglos de los siglos, juntamente con aquellos a los que han llevado a la justicia.

Los eruditos bíblicos conservadores sostienen que Isaías fue escrito a finales del siglo octavo y comienzos del siglo séptimo a.C., y que Daniel fue escrito en el siglo sexto a.C. Fue a una fecha relativamente tardía, en relación a la fecha del llamado de Abraham, que Dios comenzó a hablar proféticamente acerca de una resurrección corporal de entre los muertos, la cual habría de ser bendición para muchos. Cuando este grandioso panorama fue desplegado, llegó el momento de que Dios cumpliera su papel de Padre *espiritual*.

EL PROGRESO DE LA REVELACIÓN

Le hemos echado una mirada a Dios como Padre eterno (en la Deidad), Padre universal (en la creación) y Padre selectivo (en la promesa/el pacto). Hemos visto cómo su papel de Padre universal se cumple a la vez que el de Padre selectivo, y mencionamos brevemente, cómo su papel de padre espiritual se cumple a la vez que su papel como Padre selectivo. Ahora emprenderemos un estudio más detallado de Dios como Padre espiritual.

Aunque el plan de Dios se cumplió en épocas históricas con algunos períodos en los que uno y otro papel de Dios se cumplían a una misma vez, se trata de hecho de un gran plan presentado en el escenario de la historia. Una carrera de relevos sirve a modo de ilustración. Aunque una carrera de relevos es en realidad una sola carrera, hay momentos de ella en la que dos corredores corren al mismo tiempo, lo cual ocurre cuando un corredor le pasa el testigo al siguiente miembro de equipo. Así también, Dios, en sus tres divinas Personas, está envuelto en todas las fases de su gran plan. Hemos estado recalcando el papel central que *Dios el Padre* cumple en el plan, pero este énfasis no es con el fin de minimizar la obra de Dios en su totalidad.

Es una gran ayuda para nuestro estudio lo que llamamos la revelación progresiva de Dios. Ésta ya se nos presentó cuando trazamos el tratamiento dado al tema de la resurrección. Aparentemente, en su aparición inicial, la idea de vida después de la muerte no necesariamente suponía una resurrección corporal. Esto parece ser así dada la ambigüedad que rodea al uso de la palabra «Seol» en el Antiguo Testamento.⁴ No obstante, tal como lo hemos observado en los libros proféticos de Isaías y Daniel,

existen afirmaciones claras acerca de la resurrección corporal de los muertos. Esta conciencia progresiva no fue el resultado de un intelecto superior por parte de Isaías o de Daniel. Como profetas de Dios que eran, ellos recibían revelación de Dios.

La revelación progresiva de Dios ocurre en otra forma que es pertinente a nuestro estudio. Note la referencia a «un profeta» cuando Moisés le habló al pueblo la palabra de Dios:

Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis;... Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta (Deuteronomio 18.15–19).

En este contexto, es probable que este pasaje se refiriera a la voz autoritativa de Dios hablada por sus siervos, los profetas, la cual se habría de oír durante los siglos venideros a través de hombres como Moisés, Isaías, Ezequiel y Amós. No obstante, mediante la revelación progresiva de Dios, hallamos en el Nuevo Testamento que en esta profecía está incrustado otro significado, el cual emergería a su debido tiempo. Pedro le explicó a una multitud formada por «varones israelitas», que Moisés también se había referido a Jesús, el Mesías, como el profeta autoritativo que había de ser levantado.⁵

La importancia de estos dos ejemplos de revelación progresiva que se encuentran en la Biblia, tiene que ver directamente con nuestro estudio. En primer lugar, observamos que Dios ha tenido todo el tiempo un plan general para todos. No ha habido de parte de Dios una actuación al azar, llevada por la crisis, en la que se hayan tomado decisiones precipitadas. En segundo lugar, damos gracias de que podemos observar el maravilloso cumplimiento del plan de Dios en toda su plenitud, tal como se nos ha dado a conocer a través de su palabra.

La venida de Jesús, el Mesías, al mundo tuvo bastante publicidad. Moisés se refirió a él como

⁴ El *She'ol* es el «lugar de los muertos». Merrill F. Unger and William White, Jr., eds., *Vine's Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words* (Diccionario expositivo completo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento de Vine) (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1985), s.v. "death" (artículo sobre la «muerte»).

⁵ Hechos 3.17–23. Cfr. Robert Jamieson, A.R. Fausset, y David Brown, *Commentary Critical and Explanatory on the Whole Bible* (Comentario crítico y expositivo de toda la Biblia), vol. 2 (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, n.d.), 176–77.

aquel que tenía autoridad. Los pasajes mesiánicos aparecen a menudo en el Antiguo Testamento.⁶ La palabra «Mesías» (del hebreo *mashiah*; del griego *Christos*) significa «ungido».⁷

El salmista se refirió al momento en que Dios ungió al rey de Israel con el «óleo de alegría»:

Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre;
Cetro de justicia es el cetro de tu reino.
Has amado la justicia y aborrecido la maldad;
Por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo,
Con óleo de alegría más que a tus compañeros
(Salmo 45.6–7).

Por el fenómeno de revelación progresiva, hallamos que este pasaje se usa para indicar la elección que Dios hace de su Hijo como Mesías (Hebreos 1.8–9).

¿Qué era exactamente lo que Dios quería que su Hijo hiciera al «elegirlo»? La respuesta a esa pregunta es una de las más importantes aseveraciones que jamás se haya hecho. En Juan 3.16–17, encontramos la respuesta declarada:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.

En 1 Timoteo 1.15, Pablo nos expresó una verdad cuando dijo: «palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero».

¿Ha pensado usted alguna vez en la complejidad del plan de redención de Dios? ¿Se ha preguntado usted alguna vez por qué no aniquiló Dios al hombre cuando pecó —o por qué no procedió de una sola vez con la salvación del hombre? ¿Por qué ha estado vigente su plan desde eras remotas? Pareciera casi ridículo insinuar que las dificultades que resultan de estas preguntas, surgen por la naturaleza misma de Dios y de la humanidad —pero ello es así.

Notemos algunas etapas de la relación entre

⁶ No hemos mencionado muchos capítulos en los cuales se pueden hallar referencias mesiánicas. Unos pocos se mencionan aquí para estudio adicional: Salmos 2; 16.22; 110; Isaías 2; 7; 9; 40; 53; Jeremías 23; Malaquías 3; 4.

⁷ El significado del proceso de unción se observa cuando leemos acerca de la antigua manera como se elegía a los reyes. Por ejemplo, Samuel señaló la elección que Dios hizo de Saúl, para que éste fuera rey sobre Israel, cuando él tomó «una redoma de aceite, la derramó sobre [la cabeza de Saúl], y lo besó, y le dijo: ¿No te ha ungió Jehová por príncipe sobre su pueblo Israel?» (1 Samuel 10.1). Así, cuando leemos acerca del «ungido de Dios», es del «elegido» de Dios del que leemos.

Dios y la humanidad. Dios es amoroso, santo, justo, lleno de gracia y misericordia. Sus criaturas humanas fueron creadas puras y santas —como Dios. La creación del hombre y de la mujer fue un acto de amor, y el amor siempre espera una respuesta —no una respuesta de amor obligatorio, sino una de amor recíproco. Para que la respuesta de amor de los seres humanos fuera real, ellos necesitaban tener una opción. Ellos debían ser capaces de elegir amar y de someterse con alegría a la voluntad de Dios; de otro modo, la relación entre Dios y ellos no podía haber sido una relación amorosa ni piadosa. Ellos eligieron mal cuando decidieron agradarse a sí mismos antes que a Dios. Esto causó una brecha entre Dios y los seres humanos por causa de la naturaleza misma de la santidad de Dios y de la pecaminosidad de ellos.

En su naturaleza amorosa, Dios les extendió su mano a «los que estaban separados», con el fin de hacerlos volver a una relación de mutuo amor. No obstante, esto tenía algunos elementos que complicaban las cosas. Dios no los podía volver a recibir en su estado pecaminoso, porque Él es absolutamente puro. La pureza absoluta no se puede mezclar con la impureza. Dios no podía sencillamente perdonarlos, porque Él es un Dios absolutamente justo. El pecado tiene su precio. La justicia lo exige.

La sabiduría del omnisciente Dios se observa en Su solución a este dilema que parecía insuperable. Esta solución se expone en las páginas de la Biblia y se extiende por miles de años. Tal como ya lo hemos estudiado, lo hemos observado llamando a un pueblo especial, a través del cual todas las naciones serían bendecidas. Nos asombramos al ver cómo este pueblo se volvía a la idolatría, probaba Su amor y violaba Sus leyes. Nos hemos maravillado de Su gran paciencia y longanimidad. Él continuó llamándolos a que se volvieran a través de Sus profetas. A través de ellos continuó recordándole al pueblo acerca del Mesías que venía, el cual traería bendiciones a todos los pueblos.

Dios estaba preparando el camino para la Solución Definitiva. No era una solución fácil, pero era la *única* solución que no violaría ninguno de los atributos de un Dios absolutamente puro, justo y amoroso. Su solución era la *única* solución que le permitiría a los seres humanos reconciliarse con Él en un estado de pureza.

Hemos hecho notar que como Padre selectivo que Él es, le dio preciosas promesas de muchas bendiciones a Su pueblo escogido. Él habló proféticamente de un Mesías que eventualmente vendría a través de la simiente de Abraham, uno a través

del cual todas las naciones serían bendecidas. Por lo tanto, es obvio que Dios planeaba otro papel para sí mismo en Su esfuerzo por reconciliar a la raza humana consigo mismo. Sabemos que el papel de Dios como Padre universal por la creación, no fue suficiente para la salvación, porque Él llegó a ser un Padre selectivo de un pueblo con el fin de preparar un camino para el momento cuando Sus bendiciones estarían disponibles para toda la humanidad. Por lo tanto, ni Sus obras como Padre universal, ni Sus obras como Padre selectivo llevaban el propósito Suyo de que ellas fueran la Solución Definitiva.

EL PLAN DE REDENCIÓN

El plan definitivo de redención llegó a ser una realidad histórica cuando Él, como Padre espiritual que es, ofreció a Su Hijo en la cruz como un sacrificio puro, inestimable y perfecto, por los pecados de toda la humanidad. Este sacrificio es difícil de analizar. Tiene características que podemos mencionar pero que no podemos entender. Muestra un amor con dimensiones que no podemos abarcar. Ilustra el poder y el horror del pecado tal como Dios lo ve, en contraste con la forma de verlo del ser humano, que lo ve como un defecto de la personalidad. Nos impresiona con el inexorable realismo de la determinación de Dios a ser fiel a Sus promesas. Hace añicos nuestra egoísta inclinación a buscar la manera de salir del pecado por nuestros propios medios. Causa que nos asombremos de la integridad de un Padre que ofrece Su Hijo como un sacrificio para poder así continuar siendo puro y justo, y todavía perdonar los pecados de los que aceptan y se someten a sí mismos a ese Hijo.

Esta estrecha afinidad entre el Padre espiritual y Su Hijo, es descrita con gran detalle en las Escrituras. Leemos que «cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gálatas 4.4–5). El increíble nacimiento virginal de Jesús a María fue la manera como el Hijo de Dios nació «de mujer». A María le dijo el ángel: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1.35).⁸

Jesús no sólo nació cuando la ley de Moisés estaba vigente, sino que también vivió Su vida bajo esa ley. No obstante, en Su muerte de sacrificio, Él

⁸ Lea Lucas 1.26–37, para la totalidad del contexto.

«[anuló] el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio, y clavándola en la cruz» (Colosenses 2.14; vea Hebreos 10.5–10).

No sólo fue el sacrificio de Cristo el cumplimiento de la antigua ley, sino que también fue el medio de redención para los que habían vivido fielmente bajo ella. Esto es lo que leemos:

Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna (Hebreos 9.15).

También, esta ofrenda fue hecha «para que pudiéramos recibir la plenitud de los derechos como hijos» (Hebreos 12.7–11).

Cuando estudiamos la vida terrenal de Jesús, nos impresiona Su estrecha relación con Su Padre celestial. Siendo apenas un niño, Él estaba consciente de que en los negocios de Su Padre debía andar (Lucas 2.29). Cuando dio comienzo Su ministerio personal en el momento de Su bautismo, Su Padre estuvo muy atento. Éste anunció Su amor por Su Hijo y Su agrado por Él (Mateo 3.17). En el momento de la transfiguración de Jesús, la voz de Su Padre recalcó nuevamente Su amor por Su Hijo y Su complacencia en Él —con un énfasis adicional en la expresión: «A Él oíd» (Mateo 17.5).

Las oraciones de Jesús nos revelan a nosotros el estrecho vínculo que Él tenía con Su Padre. La más extensa oración Suya que se haya escrito, muestra Su gloriosa presencia junto con Su Padre antes de la creación, y cómo Él había glorificado a Su Padre en la tierra. Habló del eterno amor que Su Padre tiene por Él, y de Su deseo de que ese amor también existiera entre Sus seguidores (Juan 17; note los versículos 5, 24, 26). Jesús pidió en oración, que la voluntad de Su Padre se hiciera, aun en medio de Sus más intensivas experiencias. Cuando se acercaba al momento de Su muerte en la cruz, así oró Él: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mateo 26.39). Cuando colgaba de la cruz, así oró Él: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Luego, cuando moría, Sus últimas palabras fueron: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23.34, 46). Nos enteramos de que Dios era efectivamente el padre espiritual de Jesucristo.

Aunque Jesús cumplió el antiguo pacto (antigua ley) de Moisés, y estableció un nuevo testamento mediante Su muerte, Él vivió y murió bajo el antiguo pacto. Esto significa que como judío del linaje real

de David (Lucas 3.23–31), que fue enviado «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 15.24), Él le estaba enseñando a Su propio pueblo que estaba bajo la ley de Moisés. (En ocasiones, Jesús les respondió a gentiles cuando estos se acercaron a Él [p.ej., Mateo 15.21–28]). Por lo tanto, gran parte de Su enseñanza acerca del Padre, fue hecha a un pueblo que conocía a Dios como un Padre selectivo. Él a menudo les habló acerca de que Dios era Padre de ellos, lo cual sucedía cuando les decía: «vuestro Padre» (Mateo 5.16, 45, 48; 10.29).

Como lo hemos visto, Dios estaba inaugurando una era de mucho mayor alcance en Su trato con la humanidad pecaminosa. El tiempo se había cumplido plenamente para que *todo mundo* tuviera la oportunidad de conocer a Dios como Padre espiritual a través de Su Hijo, Jesucristo. Por lo tanto, no sorprende que Jesús les hablara a Sus discípulos acerca de la voluntad de Su Padre para ellos, y de la importancia de hacer tal voluntad (Mateo 7.21). Recalcó que esta obediencia al Padre era fundamental para la relación familiar en la que Dios es el Padre y Él un hermano (Mateo 12.48–50). El Padre no permitirá que Su círculo familiar sea desintegrado por intrusos (Mateo 15.13).

Jesús a menudo se refirió a Dios como Su Padre. Les recalcó esto a Sus discípulos con un pronombre posesivo especial: «¡Mi Padre!» (Mateo 18.35; 20.23; énfasis nuestro). Él, incluso, les enseñó lo siguiente: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 10.32–33). Enseñanzas como éstas —y fueron bastantes— debieron haber puesto al tanto a los discípulos, y especialmente a Sus apóstoles, de algo especial que había en la manera como Él se refería a Dios como Su Padre.

Ya desde antes, María, la madre de Jesús, conocía «el secreto». Ella estaba percatada del origen divino de Jesús. Es obvio que ella conocía los hechos que rodearon el nacimiento milagroso de Él. José, su esposo, como varón justo que era, fue muy discreto acerca del embarazo de María. También, cuando Jesús era de una tierna edad, ella lo oyó hablar de Su Padre, sin referirse a José. «Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón» (Mateo 1.18–25; Lucas 1.26–38; 2.41–52).

Tal vez los seguidores de Jesús percibieron la singular relación que había entre Él y Su Padre. No obstante, esta percepción parece haberse formado lentamente. Después de todo, ¿no era Dios el Padre de ellos también? ¿No había llamado Dios a Israel Su hijo? (Jeremías 31.9). ¿No podían ellos dirigirse a Dios llamándolo «Padre nuestro», tal como Jesús

se los había enseñado? (Mateo 6.9, y siguientes). Sí, ellos podían, y así lo hacían.

Hemos estudiado el Antiguo Testamento en cuanto a la percepción que los israelitas tenían de Dios como Padre de ellos. También sabemos que el judaísmo de los tiempos de Jesús reflejaba un íntimo concepto de Dios como Padre.

No obstante, las repercusiones plenas de la singular relación Padre/Hijo entre Dios y Jesús fueron difíciles de entender para los judíos. ¿Cómo iban ellos a saber que la condición de Hijo de Dios, de Jesús, era diferente de la de los demás que se llamaban «hijos de Dios»? ¿No habían sido llamados hijos de Dios los grandes líderes que precedieron a Jesús? (2 Samuel 7.14; Salmos 89.26–27). Así es. No debería sorprendernos, entonces, hallar que fue necesaria una revelación de Dios, el Padre espiritual, para que ellos conocieran «toda la verdad».

El mensajero angelical que venía de Dios, le había dicho a José que la virgen María habría de dar a luz un hijo: «Porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1.20b, 21). Así, el cumplimiento secundario de la profecía de Isaías ocurrió: «He aquí una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros» (Mateo 1.22–23; Isaías 7.14). ¡Jesús experimentó un nacimiento milagroso en Su venida al mundo, y había de recibir legítimo reconocimiento como Dios! Como lo hemos dicho, en aquel momento María guardó muchas cosas en su corazón.

Si tomamos todo esto tan seriamente como se presenta, nos daremos cuenta de cuán estupendo es. La historia del mundo estaba alterando su curso esperado. Los tiempos estaban cambiando. Una nueva y gloriosa época estaba gestándose. Es difícil para simples mortales poder identificarse con eventos de tal magnitud. No es de extrañar que la entrada de Jesús en el mundo necesitara una explicación divina. Aun ésta fue reconocida con lentitud. Después de todo, las personas que tuvieron dificultad en reconocer la identidad de Jesús, cuando éste estaba en el cumplimiento de Su gran misión, no tuvieron el privilegio, que nosotros tenemos, de abrir los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, para discernir estas magníficas verdades.

No obstante, *nosotros* podemos leer que el Padre persistió en la revelación de la verdadera *naturaleza* de Su Hijo. Por ejemplo, *hay* una verdad en las palabras con las que Natanael describe a Jesús: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey

de Israel» (Juan 1.49). Jesús elogió su sinceridad —pero, ¿no tendrán sus palabras algún resabio del antiguo nacionalismo incrustado en la mentalidad judía de los tiempos? ¿Estaba Natanael libre de tales influencias?

Los judíos anhelaban un despertar nacional y el reinado glorioso de un rey al que pudieran considerar el ungido de Dios, el Hijo escogido, tal como sus antepasados habían tenido durante los reinados de David y Salomón. Las multitudes judías anhelaban que Jesús fuera rey (Juan 6.15).

En cierta ocasión, el poder de Jesús sobre la muerte llevó a los observadores a tener una extraordinaria convicción hasta dejarse decir: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo» (Lucas 7.16). Esta fue una gran declaración, hecha a la vez que ellos se llenaban de miedo, pero ¿reconoció esta alabanza a Jesús *como* Dios? Debemos recordar que los israelitas habían visto la visitación de Dios en medio de ellos, ocurriendo en sus palabras y en sus obras, sin que esto significara que Dios mismo había encarnado.⁹ Cuando Jesús en forma enérgica afirmó Su deidad, ello provocó las burlas, el desprecio, y la persecución de parte de los líderes religiosos (Juan 8.42–59).

Nicodemo, un hombre educado, sin duda habló admirablemente de Jesús cuando dijo: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con Él» (Juan 3.2). Al igual que un «maestro» que se dirige a otro «Maestro», Nicodemo vio en las «señales» que Jesús obraba, las pruebas del poder y bendición de Dios. ¿Vio Nicodemo otras cosas? No *necesariamente*. No obstante, sabemos que Dios estaba poniendo los fundamentos para una revelación de la *verdadera naturaleza* de Su Hijo. La progresiva revelación de Dios continuaba.

En respuesta a la pregunta de Jesús, Pedro hizo la memorable confesión: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16.16). ¿Fue esta confesión más importante que las que ya se han mencionado? Sabemos que fue fundamental. En primer lugar, fue expresada para responder directamente a una indagación hecha por Jesús. En

⁹ 1 Reyes 17.22–24; 2 Reyes 4.32–36; Jeremías 29.10. También en cuanto a Lucas 7.16, vea H. Leo Boles, *A Commentary on the Gospel of Luke (Un comentario sobre el evangelio de Lucas)* (Nashville: Gospel Advocate Publishing Co., 1940; reimpresión, 1959), 151. Boles expresó: «Ellos recordaron inmediatamente a Elías y a Eliseo, y declararon que un gran profeta como éstos se había levantado entre ellos, y que Dios había visitado a su pueblo nuevamente con un profeta».

segundo lugar, se nos dice que Pedro pudo hacer tal confesión porque le fue *revelado* por el Padre celestial de Jesús (Mateo 16.17). La verdad acerca de la plena identidad de Jesús estaba implícita en esta confesión.

Tenemos algunas razones para suponer que Pedro mismo no estuvo consciente de toda la magnitud de las repercusiones de tal confesión. Poco después de la confesión lo hallamos reconviniendo a Jesús por hablar acerca de Su muerte, y ¡es fuertemente reprendido! (Mateo 16.21–23). También sabemos, fuera de toda duda, que Pedro hacía declaraciones, aun por inspiración, de las cuales no entendía plenamente sus alcances (Hechos 2.39; 10.28–34). Sabemos que Pedro podía hablar impulsivamente en momentos de emoción (Mateo 17.4–5; Marcos 9.5–6; Lucas 9.33). Aun en momentos de gran lealtad a su Maestro, Pedro podía expresar una profunda convicción, la cual no resistiría al verse sometida a la prueba (Mateo 26.33–35, 69–75). Por lo tanto, concluimos que Pedro probablemente no se dio cuenta de lo extremadamente importante que fue su admirable y verdadera confesión en el sentido de que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios.

Tal vez no debería sorprendernos que no fue

sino hasta después de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, que labios humanos declararon que Él era Emanuel. ¡Cuán irónico es que esta trascendental verdad, fuera expresada por la misma persona que había sido escéptica! Tomás había visto el poder de Jesús. Había escuchado Sus enseñanzas sin par. Había tenido el privilegio de observar Su modo de vivir perfecto y justo. Había sido testigo de Su compasión por los que sufrían angustias. Tal vez hasta había oído a Jesús mismo decir «YO SOY» (Juan 8.58).

Es probable que todo esto se le viniera a la mente a Tomás cuando estuvo delante del Jesús resucitado. Lo que vio no estaba ya revestido de una declaración, ni de doctrina, ni de proposición verdadera para su consideración. Vio las cicatrices de la crucifixión en el cuerpo de Jesús. Sabía que era a la resurrección a la que estaba mirando —y sabía que nadie tenía poder sobre la muerte excepto Dios. Por lo tanto, «Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20.28; énfasis nuestro).

Por fin *Dios*, el Padre espiritual, se había expresado claramente. Jesús de Nazaret es Su Hijo espiritual —¡la *Deidad* hecha carne! ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados